



## ACTO SEGUNDO

Un mesón en Cádiar. Por el arco de la amplia puerta del fondo se ven, a los rayos de la luna, la plaza del pueblo y la fachada de una iglesia con reminiscencias de mezquita. A la derecha, una enorme chimenea, bajo cuya ancha campana se agrupan bancos rústicos. En las repisas de la chimenea, botes, tarros y otros enseres domésticos. En el fuego, sobre las trévedes, borbotan ollas y pucheros de barro. A un extremo de la piedra del lar, troncos de encina y gavillas de sarmientos. Cerca de la chimenea, una mesa rústica con vasos y un velón de cuatro mecheros encendidos. A la izquierda, grandes arcos, sostenidos por recios postes de madera, que conducen a las caballerizas. Algún candil pende de las vigas del techo, y un farol con cristales azules y rojos ilumina la puerta. Bajo los arcos, jaldas, sacos, etc., etc.

### ESCENA PRIMERA

PELÁEZ, VILCHES, ZAHARA, BEN-ALGUACIL y soldados.

Peláez, Vilches y soldados, beben en torno de la mesa, junto al lar. Ben-Alguacil, con traje de escudero cristiano, se calienta al fuego. Atiende a todos y prepara la colación. Por la plaza pasan, de vez en cuando, alegres grupos cantando villancicos al son de guitarras, panderos y zambombas. Zahara, convertida en mesonera, anda de acá para allá.

VOZ

(Cantando fuera.)

Jesucristo vino al mundo  
en las pajas de un pesebre,  
mientras que por los caminos  
iba cayendo la nieve.  
¡Despertad, pastores,

cantad y bebed,  
porque va esta noche  
Jesús a nacer!

(El coro repite el estribillo y las voces se alejan cantando por la plaza.)

VILCHES

Hace más de quince días  
que vagamos por las crestas  
de esas montañas bravías,  
entre atajos y entre cuevas,  
y nos causa maravilla  
cómo a caminar se atreve  
nuestra planta, si la nieve  
nos cubre hasta la rodilla.  
¡Bosques poblados de fieras;  
valles ásperos y hondos;  
ventisqueros, torrenteras;  
precipicios, cuyos fondos  
no ven los ojos humanos;  
pueblos que parecen nidos  
de vencejos y milanos  
en las rocas suspendidos,  
y picachos eminentes  
tocados de nieve y hielo,  
que con sus altivas frentes  
rasgan el azul del cielo!...

ZAHARA  
VILCHES

Mas, decid: ¿qué andáis buscando?  
Vamos siguiendo la huella  
de un morisco, un don Fernando  
que hoy llaman Aben-Humeya.

ZAHARA  
VILCHES

¿Qué delito cometió?  
Al cabildo de Granada,  
con la daga y con la espada,  
contra fuero y uso, entró.  
Y al querérselas quitar,  
la desnudó don Fernando,  
e hiriendo y acuchillando  
la calle logró ganar...

ZAHARA  
VILCHES  
ZAHARA

¡Bravo es el mozo y resuelto!  
Luego escapó de Granada...  
Y después, de él, ¿no habéis vuelto,  
soldados, a saber nada?

VILCHES

Afirman que los moriscos

- ahora le alzaron por rey  
y con él, por esos riscos,  
van imponiendo su ley.  
Se le busca en la montaña...
- ALGUACIL ¡ Si los monjes le ayudan  
no le hallaréis, aunque acudan  
todos los tercios de España!  
¡ En las armas no confíes,  
que más te valiera hallar  
a un león, que tropezar  
con un bando de monjes!
- VILCHES A fe, que si tropezara  
con el morisco, le echara  
a rodar por esos tajos,  
para que así me pagara  
las penas y los trabajos  
que por su culpa sufrí...
- ZAHARA Él querrá vivir, también...  
¡ Si van a tratarlo así,  
al no entregarse hace bien!  
(Pequeña pausa. Suenan músicas. Los soldados beben.)
- PELÁEZ (A Zahara.)  
Dime: ¿quién es esa dama  
tan bella, que habita al lado  
del mesón?
- ZAHARA Señor, se llama  
doña Isabel de Mercado.  
Persona de gran linaje,  
según la fama asegura,  
a quien rinden vasallaje  
la riqueza y la hermosura.  
Huérfana vino a quedar,  
y aquí vive con su tío,  
el licenciado del Río,  
que es alcaide del lugar.  
¿Y es honesta?
- PELÁEZ
- ZAHARA Hasta la fecha  
es tal su recogimiento,  
que una vida más estrecha  
no llevase en un convento.
- PELÁEZ Siendo noble, rica y bella,

- ZAHARA no le ha de faltar galán...  
¡ Y eligió bien la doncella!  
Al más bravo capitán  
de las banderas del rey...  
¡ Según la gente asegura,  
ella le ama con locura,  
y él le tiene mucha ley!
- PELÁEZ (Ya logré lo que quería.)  
Amigos, vamos a dar  
unas vueltas al lugar,  
¡ que ésta es noche de alegría  
y hay que beber y cantar!  
(Se levanta y se dirige al foro. Bajo, a los soldados que salen tras él.)  
¡ Cual de un castillo sitiado  
la muralla se examina,  
examinad con cuidado  
la casa de la divina  
doña Isabel de Mercado!
- VILCHES ¿ Mas don Alvaro persiste  
en robar a la paloma?
- PELÁEZ ¡ Castillo que se resiste,  
por asalto se le toma!  
El cariño enardecido  
más con el rigor se inflama;  
y esta noche ha decidido  
robar, Vilches, a la dama.  
Como ella a misa no va,  
mientras dicen misa, pues,  
con la ayuda de los tres  
doña Isabel robará...
- VILCHES (Saliendo.)  
¡ Ni en pendencias ni en amores  
¡ pardiez! existe un soldado  
más bravo y afortunado  
que don Alvaro de Flores!

ESCENA II

ZAHARA y BEN-ALGUACIL, que siguen a los soldados hasta la puerta, y se quedan un instante detenidos en los umbrales, como acechando.

ZAHARA (Amenazante.)  
¡Reid, miserables, que en tanto que se celebra la misa de esta noche, vuestra risa se habrá de trocar en llanto!  
(Reparando en Alguacil, y retornando al centro de la escena.)

¡Esa ropilla cristiana que bien, Alguacil te sienta!

ALGUACIL (Contemplando ansiosamente a Zahara.)  
¡Mesonera más galana mis ojos no han visto...!

ZAHARA (Interrumpiéndole.) Cuenta a qué has venido...

ALGUACIL A esperar a Aben-Humeya... y a verte; ¡que aunque el verte me da muerte, sin verte no puedo estar!

ZAHARA (Con severidad.)  
¡Silencio! No es esta hora de amantes pláticas, cuando el odio que nos devora su venganza está tramando.  
(Conduciéndole de nuevo hasta la puerta y señalando la lejanía.)

¿En estos cerros no miras resplandecer los fulgores de cien encendidas piras?  
¡No son miseros pastores que celebran, placenteros, la fiesta de Navidad, sino indómitos guerreros afilando sus aceros para darnos libertad!...

(En voz baja, viniendo al centro.)

¡Y cuando estén entregados, en los templos, a sus fiestas, todos los cristianos de estas sierras serán degollados!

(Con sorda rabia.)

¡Vengaremos lo sufrido, y en su sangre cobraremos toda la sangre que hemos, bajo su yugo, vertido...!

ALGUACIL (Con fiera.)

¿Piensas que ociosa mi mano en esta noche ha de estar?...  
¡Si sólo puede igualar a tu amor, mi odio al cristiano! ...

¡Tengo en ellos que vengar tanta amargura pasada!

¡Mi patrimonio robado; mi casa, de sal sembrada;

mi padre, descuartizado en la plaza de Granada;

y para mayor baldón, yo, que a la vida venía, mientras mi madre moría desangrada, en un rincón de la más oscura y fría cárcel de la Inquisición!...

(Volviéndose apasionadamente a Zahara.)

Mas mientras llega la hora en la que pueda saciar esta sed abrasadora de sangre, ¿por qué ocultar la pasión que me devora?

ZAHARA (Con energía, rechazándole.)

¡Cállate!...

ALGUACIL (Queda un momento abatido. Después se acerca de nuevo a Zahara.) Por complacerte

me callaré... ¡Mas advierte, Zahara, por Dios, que si mis palabras te dan muerte, me mata el silencio a mí!...

ZAHARA (Atajándole.)

¡No me sigas preguntando

lo que no he de contestar,  
que si te mato callando  
te daré muerte al hablar !

ALGUACIL

(Con pasión desesperada. Aproximándose más, profundamente emocionado. Zahara baja los ojos y se cubre el rostro con las manos.)

¿Por qué te ocultas la cara?

¿Por qué se apartan, Zahara,  
tus negros ojos de mí?

¿Qué te ha hecho mi amor para  
tratarme, Zahara, así?...

¿Por qué, Zahara, por qué?

Desde que te conocí  
mi voluntad te entregué  
y esclavo tuyo viví...

En tí cifré mi contento...

¡Fué para mí tu ternura  
como el vaso de agua pura  
para el labio de un sediento !

ZAHARA

(Con resolución.)

¡En mi cariño has cifrado  
inútilmente tu orgullo !...

¡Porque el vaso en que has soñado  
beber, no puede ser tuyo,  
que otros labios lo han besado !

(Alguacil retrocede, violento, encogiéndose como el león que se dispone a caer sobre su presa. Zahara le mira desafiante, dominándole con su mirada.)

¡Por más que intentes hacer,  
mi amor no has de conseguir !...

¡Ni más tú debes saber,  
ni más te puedo decir !

ALGUACIL

(Con un arranque de celos, desesperado, lívido, con la ira más salvaje pintada en el rostro, sujetando a Zahara por la muñeca.)

¿Amas a otro?

(Zahara le rechaza y hace un gesto afirmativo.)

¡Su nombre !...

¡Un nombre que desgarrar  
entre mis dientes, y un hombre  
en el que pueda saciar,  
bebiendo su sangre entera,

la sed voraz de la fiera  
que mordiendo en sus desvelos  
los hierros de su prisión,  
están rugiendo de celos  
dentro de mi corazón !...

(Se agita desesperadamente. Zahara permanece eriguida, desafiándole y dominándole con su actitud.)  
(Mirándole con altiva fiera.)

ZAHARA

¿Su nombre?... Si alguna vez  
mi labio lo pronunciara,  
de rodillas se postrara,  
al oírlo, tu altivez...

¿Vengar quieres mi desvío  
en mi amado?... ¡Calla, necio,  
que tu amenaza desprecio  
como de tu amor me río !

¡Yo me basto a defender  
su vida, y si en él osara  
tu odio los ojos poner,  
como a un perro te matara !

ALGUACIL

(Amenazante.)

En las llamas que me envuelven  
arderá tu corazón...

(Los soldados aparecen en la plaza. Zahara se vuelve a la puerta.)

ZAHARA

¡Silencio !... (Señalando a la puerta.)

¿No ves que vuelven  
los soldados al mesón?...

### ESCENA III

Dichos, DON ÁLVARO DE FLORES, DON DIEGO DEL RÍO, VILCHES, PELÁEZ y soldados, que entran por la puerta del foro. Alguacil y Zahara se separan. Aquel, hosco y sombrío, se va a sentar en un jalmá, bajo el arco del medio, de la izquierda, donde permanecerá durante la escena, siguiendo con los ojos todos los movimientos de Zahara. Esta vuelve a sus quehaceres. Aviva el fuego. Sirve vino, y entra y sale en el interior, pero siempre inquieta y con los ojos fijos en la puerta de la calle como si esperase algo. Los soldados se sientan de nuevo en torno de la mesa, mientras el capitán y don Diego conversan en el centro de la escena. Diálogo muy animado. Las músicas y los

villancicos prosiguen sonando a lo lejos en las pausas del diálogo.

**DIEGO** Ya aposentada tenéis, capitán, la compañía, y hasta que despunte el día en mi casa os holgaréis, casa humilde como mía... Mas mi buena voluntad en ella sabrá suplir la holgada comodidad con que acostumbra a vivir el hidalgo en la ciudad. Después de misa, señor, la cena de Nochebuena compartiremos; ¡la cena no será de lo mejor; pero ¡pardiez! será buena... Y espero que no echaréis en ella de menos nada de todo cuanto en Granada para regalo tenéis en vuestra rica morada, porque esta pródiga sierra tantos tesoros encierra, que en materia de yantar nada tiene que envidiar a lo mejor de la tierra.

**ALVARO**

(Desembozándose.)

¿Qué de menos echaría un príncipe; vive Dios! estando en la compañía de un hidalgo como vos, que es todo cortesía, y más teniendo a su lado, para colmar de ventura sus ojos de enamorado, la soberana hermosura de doña Isabel Mercado.

(Avanzan los dos hacia el centro. Zahara lo reconoce, ahoga un grito y hace un esfuerzo terrible para disfrazar su emoción.)

**ZAHARA**

(Desde el último arco.)

¡Gracias, cielo!... El capitán don Alvaro... ¡Padre mío, esta noche, con qué brío mis manos te vengarán!

(Desaparece en el interior, volviendo a salir al poco rato con una bota de vino en la mano.)

**DIEGO**

(A don Alvaro.)

Será vuestra colación: sopa de almendra, jamón de los Berchules, curado entre nieve, y un lechón tiernecito y bien asado. Perdices en escabeche y pollos en pepitoria, ¡y un plato de arroz con leche que os ha de saber a gloria!... Todo rociado a su vez con añejo de Albuñol, ese vinillo que es diez veces mejor que el jerez, el mejor vino español. Y, además, por si os antoja, uvas de Ohanes, sandías de Adra, limas de Rioja, peras de Ragol, meloja y ciruelas de Dalías... De dulces, podréis catar lo mejor de la creación: pan de higo de Turón, mantecados de Laujar y alfajores de Albondón. Roscos de San Cayetano, torreznos de huevo y miel, flanes, natillas... ¡y es llano que en todo veréis la mano de mi sobrina Isabel, que en esto de enconfitar, y sólo justicia hago a su fino paladar, nada tiene que envidiar a las monjas de Santiago!

ALVARO ; Aun cuando la cena es buena,  
a decir me atrevería  
que, mucho más que la cena,  
me agrada la compañía!  
DIEGO ; Vuestra lengua es lisonjera  
por demás...!  
ALVARO (Llamando.) ; Mesonera!

(Se acerca Zahara.)

; A estos soldados dispón  
una buena colación  
cual si para reyes fuera...!  
; La casa por la ventana  
para feriarlos, echad...! (A los soldados.)  
; Camaradas, celebrad  
cual cumple a gente cristiana  
la noche de Navidad!

(Sacando un bolsillo y dirigiéndose a Zahara.)

; En cambio a las atenciones  
que con mis gentes uséis,  
mesonera, aquí tenéis  
un puñado de doblones  
para que vos os ferieís!

(Arroja el bolsillo sobre la mesa.)

ZAHARA (Sin tomar el bolsillo.)  
A aceptarlo no resisto,  
porque os quiero complacer.  
ALVARO (Reparando detenidamente en Zahara.)  
(; Qué hermosa!... ; Señor, yo he visto,  
no sé dónde, a esta mujer!)

ZAHARA (Tomando el bolsillo y arrojándolo en el cajón de  
la mesa. Con intención, a don Alvaro.)  
; Yo os juro que quedarán  
satisfechos de la fiesta,  
y que nunca pasarán,  
ni vos mismo, capitán,  
una noche como ésta!  
La cena será servida...  
; Acepto vuestros favores,  
y estaré toda la vida,  
señor, muy agradecida  
a don Alvaro de Flores!

(; Ira, tu furor contén! (Con voz sorda.)  
; quémate en tu propia llama!)

ALVARO (Aproximándose cortesmente.)  
; Sabéis vos mi nombre?

ZAHARA ; Quién

no lo sabe, si la fama  
por doquiera lo proclama  
como el del mejor soldado  
que armas ciñe bajo el sol,  
espejo fiel y dechado  
del caballero español!...  
; Seguro podéis marchar,  
que es generoso mi pecho,  
y tranquila no he de estar  
hasta que os pueda pagar  
todo el bien que me habéis hecho!...

(Saluda y se acerca a la mesa a servir vino a los soldados.)

ALVARO (A don Diego.)  
; Discreta es la mesonera!  
DIEGO Tiene ingenio y donosura...  
Según el vulgo asegura  
sólo a su ingenio supera,  
don Alvaro, su hermosura.  
; Es del lugar?

ALVARO No lo sé.  
DIEGO

Hace poco aquí llegó,  
y este mesón arrendó;  
y, por lo que aquí se ve  
y lo que se dice de ella,  
don Alvaro, en el lugar,  
bien os puedo asegurar  
que de virtud la doncella  
es un modelo ejemplar.

ALVARO ; Morisca?... (Interesado.)  
DIEGO Buena cristiana,

según es su devoción...  
De serlo vieja se ufana...

(Las campanas dan el primer toque de misa. Pasa un grupo de gente cantando.)  
Mas escuchad... La campana  
repica... Ya la función

religiosa va a empezar.  
 (Aproximándose a la puerta. Don Alvaro le sigue.)  
 Mi casa es cerca, al doblar,  
 capitán, aquella esquina...  
 ¡Vamos, que hay que acompañar  
 a la iglesia a mi sobrina  
 para que arregle el altar!  
 Me obliga la distinción,  
 que para mí no hay laurel  
 comparable al galardón  
 de servir de rodrigón  
 a dama como Isabel.  
 Con tanta cortesanía  
 ella está mejor pagada,  
 que nunca dama sería  
 más contenta y más honrada  
 que ella en vuestra compañía.  
 Ya impaciente nos espera...  
 Pues vamos presto los dos...  
 ¡Salid!... (Invitando a don Diego, con cortesía.)  
 No; primero, vos...  
 (Mirando, al salir, a Zahara.)  
 (¡Yo he visto esta mesonera  
 no sé dónde, vive Dios!)

ALVARO

DIEGO

ALVARO

DIEGO

ALVARO

#### ESCENA IV

Dichos, menos don Alvaro y don Diego.

(Alguacil y Zahara, se asoman a la puerta y observan.)

ALGUACIL

La nieve desciende fría,  
 y aullando bajan los vientos  
 de esa montaña bravía  
 igual que lobos ambrientos...  
 El rayo rasga los cielos  
 con su sangriento fulgor...

VILCHES

(Calentándose.)  
 ¡Siempre entre nieves y hielos  
 viene al mundo el Redentor!  
 ¿Mas qué te puede importar

que nieve a ti, buen amigo,  
 si tienes para tu abrigo  
 el rescoldo de este hogar?

ALGUACIL

(Acercándose.)  
 No es por mí, que ya mi piel  
 está a la nieve curtida,  
 es que espero la venida  
 de mi amo...

VILCHES

¿Quién es él?

ZAHARA

(Interviniendo, al notar el embarazo de Alguacil.)  
 Un hidalgo principal,  
 de sangre tan limpia y clara,  
 que hasta el más noble se honrara  
 teniéndole por igual...

VILCHES

¿Por qué vive en estas sierras?  
 En ellas, señor, nació,  
 y señoríos y tierras  
 de sus padres heredó.

ZAHARA

PELÁEZ

(Interviniendo.)  
 ¿Y con el tiempo que hace,  
 cómo a caminar se atreve?

ZAHARA

¡Curtido está el que aquí nace  
 a los vientos y a la nieve!

VILCHES

¡Mas si le tienden un lazo  
 los monfies!...

ZAHARA

¡No hay temor,  
 que ellos conocen su brazo  
 y respetan su valor!

PELÁEZ

(A Vilches.)  
 ¡Bien le defiende la moza!

ZAHARA

(Vivamente.)  
 ¡Quién en la Alpujarra entera  
 no conoce y no venera  
 a don Diego de Mendoza!  
 Su familia es bien nombrada...  
 ¡Deudo es también del marqués  
 de Mondéjar, que en Granada  
 capitán general es!...

VILCHES

¿Es del lugar?

ZAHARA

¡De Medina!...  
 ¡De esa villa que en las peñas

de esa montaña vecina  
finge un nido de cigüeñas!  
¿Cómo a Granada no va?  
Porque ama estas asperezas  
donde creció... ¡Son rarezas  
de su genio!...

PELÁEZ  
ZAHARA

ALGUACIL (Que durante el final del diálogo ha estado ac-  
chando la puerta.) ¡Aquí está ya!  
(Todos vuelven la vista. Zahara corre impaciente  
hacia la puerta, donde aparece Aben-Humeya, em-  
bozado en una larga capa cubierta de nieve, con  
botas de montar y espuelas. El sombrero le cae so-  
bre el rostro.)

ESCENA V

Dichos y ABEN-HUMEYA

HUMEYA (A Alguacil, en voz alta, desde la puerta.)  
Dale pienso a mi caballo,  
que a Medina partiremos  
después de misa del gallo.

ALGUACIL (Alto, con intención.)  
¿La oiremos aquí?

HUMEYA La oiremos.  
(A Zahara.)

¡Buenas noches, mesonera!  
¡Cuánto tardasteis! (En voz baja.)

ZAHARA (Idem.) La gente,  
ALGUACIL vuestra señal, impaciente,  
sedienta de sangre espera  
en esas huertas cercanas...

HUMEYA (En voz baja y rápida.)  
Mi orden les hice saber...  
¡Aquí caerán, al postrer  
repique de esas campanas!  
(Se adelanta hasta el centro. En voz alta, reparan-  
do en los soldados.)  
¡Vive Dios!... ¡Por lo que veo  
estáis bien acompañados!...  
¡Que el cielo os guarde, soldados!...

¡Salud y paz os deseo!  
(Saluda. Los soldados le contestan.)

VILCHES (Invitándole a acercarse.)  
¡Hidalgo, que os guarde Dios!...  
Si aquí queréis calentaros,  
podéis, señor, acercaros,  
que hay lugar para los dos...  
PELÁEZ ¡Larga ha sido la jornada!...  
HUMEYA Y no cesó de nevar...  
La ropa traigo mojada  
y me la voy a mudar,  
pues no es justo que con esta  
capa y con aqueste sayo,  
vaya esta noche a una fiesta  
como la misa del gallo...  
(Ben-Alguacil, que ha desaparecido por la puerta,  
vuelve a surgir por los arcos de la izquierda.)

VILCHES ¿Venís de lejos?  
HUMEYA De Laujar:  
—cinco leguas—del mercado,  
donde acabo de comprar  
un potro tordo rodado  
que es magnífico ejemplar...  
VILCHES (Interrumpiéndole.)  
¡Mas perdone! ¿Por allí  
qué dicen de Aben-Humeya?  
HUMEYA ¡Tan mala es, señor, mi estrella,  
que nada sobre esto oí!...  
¡Mas que os libre vuestra suerte  
de topar con el doncel,  
porque toparse con él  
es toparse con la muerte!  
PELÁEZ ¿Mas tan bravo es el mancebo?  
HUMEYA ¡Tiene brío y juventud!  
VILCHES (Alzando un vaso de vino y ofreciéndole otro.)  
¡Hidalgo, a vuestra salud!  
HUMEYA (Con una galante cortesía, excusándose.)  
¡Mil gracias, pero no bebo!  
(Resuena el segundo repique de la misa. Las venta-  
nas del templo empiezan a iluminarse.)  
Ya vuelven a repicar...  
¡Que os guarde Dios, noble tropa!



¡ Voy a mudarme de ropa,  
que la misa va a empezar!  
Dame una luz. (A Zahara.)

ZAHARA (Tomando el velón.) ¡ Al momento!...  
¡ Al final del corredor  
hallaréis vuestro aposento!

(Le precede con la luz por los arcos de la izquierda. Aben-Humeya se inclina cortésmente y saluda a los soldados. Diego Alguacil se va tras él.)

VILCHES (Saludando.)  
¡ Que el cielo os guarde, señor!...

VOCES (Fuera. Cantando.)  
« Los pastores dormitaban  
y un ángel les despertó:  
¡ Venid, les dijo, pastores,  
que ha nacido el Redentor!  
¡ Despertad, pastores!  
¡ Pastores, corred  
a adorar al niño  
nacido en Belén! »

ESCENA VI

Dichos, menos Aben-Humeya y Ben-Alguacil.

VILCHES (A los soldados.)  
¡ Que retoce el buen humor!  
¡ Amigos, reid, cantad,  
que esta noche es Navidad  
y ha nacido el Redentor!

ZAHARA (Saliendo, por el primer arco de la izquierda.)  
(¡ Pronto habéis de padecer  
y empezareis a gemir,  
que a tiempo que va a nacer  
vuestro Dios, vais a morir!)

VILCHES La nieve borró el camino...  
¡ Para que no nos helemos,  
con un buen trago de vino  
nuestros cuerpos calentemos!

ZAHARA (Se vuelve hacia la mesa.)  
(¡ Temblad, que llegó el momento;

porque esa nieve que baja  
del cielo, vuestra mortaja  
está tejiendo en el viento.)  
(Empieza un nuevo repique.)

VILCHES De nuevo están repicando...  
De la campana el clamor  
parece que va anunciando:  
¡ Va a nacer el Salvador!...

ZAHARA (¡ Ninguno de la mañana  
el resplandor mirará!...  
¡ Por vosotros la campana  
a muerte doblando está!)  
(Se acerca y les sirve más vino.)

PELÁEZ Aquí el vino...  
(Llenando el vaso.) Su virtud  
en tu semblante retoza...  
¡ A tu salud, buena moza!...

VILCHES (Abriendo el vaso.)  
¡ Mesonera, a tu salud!  
(Beben y se disponen a partir.)

ZAHARA ¿ Se van todos?  
PELÁEZ (En voz baja.) Ya lo ves...  
¡ Mas si tu voz me ordenase  
que me quedara, quedase,  
aunque me ahorcaran después!

VILCHES ¡ Y yo también!... (Acercándose.)  
SOLDADO ¡ Y yo!...  
PELÁEZ Vamos,

elige tú, vida mía,  
porque a hacerte compañía  
todos dispuestos estamos.  
¿ Quién es el que más te agrada?  
¡ Pues no es justo que te quedes  
sola ahora, cuando puedes  
estar bien acompañada!...

ZAHARA Como desairar no quiero  
a causa de la elección,  
a ninguno, en conclusión:  
¡ quedarme sola prefiero!

PELÁEZ ¿ A nadie tu amor señala?...  
¡ No uses melindres, morena,  
que esta noche es Nochebuena!

ZAHARA (¡Mas para ti será mala!)  
 (Vuelven a beber, riendo y bromeando.)  
 PELÁEZ A nuestra salud, ¡bebed!  
 (Intenta abrazarla; ella se esquivo y se dirige a uno de los arcabuces colocados cerca de la chimenea.)  
 ZAHARA (Tomando el arcabuz.)  
 ¡Las manos quietas tened,  
 que os juro por esta luz,  
 que si adelantáis un paso  
 el corazón os abraso  
 con vuestro propio arcabuz!...  
 Mi honor no ha de toleraros  
 el más ligero desmán...  
 PELÁEZ Ahora verás... (Acercándose.)  
 VILCHES (Mirando a la puerta.) ¡A callaros,  
 que aquí viene el capitán!

ESCENA VII

Dichos y DON ÁLVARO DE FLORES.

ÁLVARO (A los soldados.)  
 ¿Pero qué hacéis aun ahí?  
 Al templo marchad de prisa,  
 que ya va a empezar la misa...  
 (Los soldados salen. Zahara permanece junto al fuego.)  
 Tú, Peláez, quédate aquí.  
 (Peláez se detiene.)

ESCENA VIII

DON ÁLVARO, PELÁEZ y ZAHARA. Esta junto al fuego.

ÁLVARO (A Peláez, en secreto.)  
 ¿Todo lo tienes dispuesto?  
 PELÁEZ (Ídem, en voz muy baja.)  
 Como para una batalla  
 todo dispuesto se halla,

ÁLVARO y cada cual en su puesto.  
 Al alférez le di orden  
 de que si el vulgo se altera  
 al enterarse y quisiera  
 promover algún desorden,  
 que lo encierre a arcabuzazos.  
 PELÁEZ Podéis confiar en él,  
 que es leal...  
 ÁLVARO ¡Doña Isabel,  
 cuándo te tendré en mis brazos!...  
 PELÁEZ Mas, ved que el vulgo es asaz  
 malicioso, y si concluye  
 por saber...  
 ÁLVARO ¡Se le atribuye  
 a los moriscos, y en paz!  
 ¡Nada habrá que lo remedie!  
 Saldrá todo según quiero...  
 ¡Cuando la misa promedie,  
 ya sabes, aquí os espero!  
 (Resuena el último repique de misa. El capitán y Peláez se van. Se les ve atravesar la plaza y penetrar en el templo.)  
 VOCES (Cantando fuera.)  
 «¡El monte dejad, pastores!  
 ¡Llegad todos a Belén,  
 porque el Redentor del mundo  
 esta noche va a nacer!»  
 (Aparecen por los arcos Alguacil y Aben-Humeya, con sus trajes moriscos, envueltos en amplios mantos. Zahara se les aproxima.)

ESCENA IX

ABEN-HUMEYA, ZAHARA y BEN-ALGUACIL.

ZAHARA (Espionando desde la puerta.)  
 ¡Toca, campana, de prisa,  
 que a muerte vas a tocar!...  
 HUMEYA (A Alguacil.)  
 Llegó el momento. La misa  
 va en este instante a empezar.

Vete, Alguacil, a avisar  
a nuestros bravos hermanos...

(Sale, recatadamente, Alguacil.)

Mas espera...

(Volviéndose.) ¿Qué me quieres?

ALGUACIL  
HUMEYA

¡Que respeten las mujeres,  
los niños y los ancianos!

ALGUACIL

(Al salir, mirando recelosamente a Aben-Humeya y Zahara.)

¡En vano es que el labio rece  
piedad clamando a los cielos...

¡Misero del que tropiece  
con el furor de mis celos!

(Se va. Zahara cierra la puerta y apaga las luces  
de dentro, dejando sólo el velón sobre la mesa.)

### ESCENA X

ABEN-HUMEYA y ZAHARA.

Aben-Humeya permanece un momento inmóvil, cruzado de brazos, en el centro de la escena. Zahara le contempla con ansiedad, sin atreverse a romper su silencio.

HUMEYA

(Como hablando consigo.)

¡El decreto de tu estrella  
ya te señaló el camino!...  
¡Ya te has puesto, Aben-Humeya,  
frente a frente a tu destino!

¿Veré mi gloria cumplida?

Ya está la lucha empezada...

¡Desde hoy no tendrá mi vida  
más solución que mi espada!

(Desnudándola.)

¡Noble espada, triunfadora  
reliquia de mis mayores,  
en tí se concentra ahora  
el amor de mis amores!

¡Gloriosa espada a quien diera  
Damasco su fino temple,  
deja que mi vida entera  
extasiada se contemple

en tu fuerte hoja acerada,  
con la ventura triunfante  
con que se mira el amante  
en los ojos de su amada!  
¡No temas que te abandone,  
hasta que en dura campaña  
mi altiva frente corone  
con la corona de España!  
¡No te rendiré al cristiano,  
que nunca habré de entregarte,  
en tanto pueda empuñarte,  
como te empuña, mi mano!  
¡Y si vencida se ve  
mi generosa ambición,  
antes de hacerte traición  
hasta el puño te hundiré  
dentro de mi corazón!

ZAHARA

(Acercándose para alentarle.)

¡Animo, señor!... ¡La hora  
de la venganza resuena!...

Mas, ¿qué te angustia? ¿Qué pena  
tu semblante descolora?

¿En el triunfo desconfía  
tu esperanza?

HUMEYA

No, Zahara...

¡Es que mi alma se para  
antes de emprender la vía  
que el destino me depara!  
Pero ¿qué amengua tus bríos?  
¡El sino de Aben-Humeya!...

ZAHARA

HUMEYA

(Con supersticioso terror.)

¡Temo el rigor de esa estrella  
enemiga de los míos!

ZAHARA

¡Desecha el vano temor  
que en tu espíritu se encierra,  
que contra el cielo y la tierra  
te defenderá mi amor!...

HUMEYA

(Estrechándola en sus brazos.)

Es verdad... ¡Tu amor ha sido,  
en mi sendero de abrojos,  
espejo fiel que mis ojos  
para mirarse han tenido!

¡ La única flor perfumada  
que sus piedades ha abierto  
en el árido desierto  
de mi vida desolada !

ZAHARA

(En un arranque de cariño.)

¡ Y mi amor tan grande es,  
que si tu rigor dijera  
que muriese, sucumbiera,  
bendiciéndote, a tus pies !

HUMEYA

(Dulcemente.)

¿ Tanto me quieres, Zahara?

ZAHARA

¡ Mi propio amor me da miedo !

HUMEYA

¿ Y si yo te traicionara?

ZAHARA

Te matara... ¡ y me matara !

¡ que sin tí vivir no puedo !

¡ Mas en tanto que latir  
sienta la sangre en mis venas,  
nadie podrá destruir  
estas amante cadenas !...

¡ A mi amor puedes pedir  
el sacrificio mayor,  
que por tí yo sabré hacer  
lo que ninguna mujer  
hizo nunca por su amor !

¡ Si de esta pasión sincera  
cansado, señor, te sientes,  
¡ como un lobo a una cordera  
desgarra mi vida entera  
con tus uñas y tus dientes !...

¡ Mas si tu amor me traiciona,  
para vengarme, seré  
como una hambrienta leona,  
y matando, moriré !

HUMEYA

¡ Así mi orgullo te quiere, (Acariciándola.)  
hija de esa raza ciega,  
que cuando al amor se entrega  
por él mata y por él muere !

(En tono de reconvención.)

¡ Mas nunca quieres contarme,  
Zahara, a lo qué has venido !

ZAHARA

¡ A verte a tí, y a vengarme  
del hombre que me ha ofendido !

¡ Su rastro y tu amor seguí,  
y mira tú qué alegría,  
que hallé la venganza mía  
a tiempo de hallarte a tí !  
¡ Y hoy, al par que acariciar  
las mejillas de mi amor,  
podrán mis manos vengar  
a mi padre y a mi honor !

HUMEYA

(Con interés.)

¿ Cómo a esta sierra llegaste?

¿ Cómo tu padre murió?...

ZAHARA

¡ Escucha lo que pasó  
cuando el Albaicín dejaste !

Aun sonaban destemplados  
vuestros rancos atambores,  
cuando en nuestra plaza, osados,  
penetraron los soldados  
de don Alvaro de Flores.  
Gritos, gemidos y quejas...

De cuando en cuando la luz  
de algún tiro de arcabuz  
filtrándose por las rejas...

Yo, en mi estancia, arrodillada,  
al cielo piedad pedía,  
cuando oí que desgonzada  
mi puerta al suelo venía.

Mi padre, desesperado,  
salió, blandiendo su acero...

¡ Oí su grito, un grito ahogado,  
que en vano olvidarlo quiero,  
pues aquí quedó clavado !

(Señalando al corazón.)

Una espuela resonó,  
me desplomé en un diván,  
y en la puerta apareció  
don Alvaro, el capitán...  
Y de lo que allí pasó  
ya no quieras saber nada...

¡ Un anciano que moría,  
una mujer deshonrada...  
y un rufián que sonreía

HUMEYA  
ZAHARA

y por la escalera huía  
sin chambergo y sin espada!  
¡ Sigue! (Con rabia sorda.)

¡ Si yo misma pierdo  
la memoria del pasado!...

Tan solamente recuerdo,  
que con el traje rasgado  
y flotante a la caricia  
del viento la blanca toca,  
apellidando justicia  
anduve como una loca.

La gente, al verme pasar,  
de terror se estremecía;  
y así, ciega de pesar,  
llegué a la Chancillería  
y en la sala quise entrar.  
Mis gritos y mis razones  
los soldados desoyeron,  
y hasta el paso me impidieron,  
arrojándome a empellones.

Y viendo que a la severa  
justicia que apellidaba  
ninguno me contestaba  
como si nadie la oyera,  
sentí renacer la brava  
fiereza del pueblo mío  
dentro de mi corazón,  
y en un arranque sombrío  
de mi desesperación,

como aquél que un desafío  
al mundo y al cielo lanza,  
rugí en furioso ademán:

— ¡ Puesto que del capitán  
justicia aquí no me dan,  
yo sabré tomar venganza!...—

¿ Y después? (Con vehemencia.)

HUMEYA  
ZAHARA

Pensando en tí,  
de la ciudad me salí,  
encaminando al acaso  
por esos montes mi paso...  
Supe que estabas aquí,  
y aquí a buscarte llegué...

Una morisca que huía  
a la montaña, tenía  
este mesón; me quedé  
con él, por ventura mía,  
y por cristiana pasé.

(Con feroz alegría.)

¡ La venganza que soñaba  
hoy ha venido a mi mano,  
cuando menos lo esperaba,  
porque ya me imaginaba  
que hube de jurarla en vano:  
que entre las gentes que van,  
señor, en tu seguimiento,  
y aquí alojadas están,  
he encontrado al capitán,  
al capitán de mi cuento!

HUMEYA ¡ Será vengarte mi orgullo! (Con pasión.)

¡ En este brazo confía,  
que si mi cariño es tuyo,  
tu venganza será mía!  
Y a ese traidor capitán  
que aquí nos trajo la suerte,  
muerto a tus pies lo verán  
esos ojos, que me dan,  
cuando me miran, la muerte.

(La estrecha.)

## ESCENA XI

Dichos y DOÑA ISABEL DE MERCADO.

En el banco cerca de la mesa, permanecen abrazados Aben-Humeya  
y Zahara, a la dudosa luz del velón. Doña Isabel aparece por el  
arco primero de la izquierda, pálida y temblorosa.

ISABEL ¡ Favor! ¡ Socorro! (Dentro.)

(Los amantes se separan sorprendidos.)

HUMEYA ¿ Has oído?

(Se alzan. Doña Isabel entra precipitadamente y  
se dirige a Aben-Humeya.)

ISABEL ¡ Amparo! ¡ Por Dios, valedme!

HUMEYA ¿ Qué tenéis?

ISABEL

¡ Presto, escondedme !

(Se arrodilla.)

¡ Arrodillada os lo pido !

(Se abraza a las rodillas de Aben-Humeya.)

HUMEYA

(Alzándola.)

¿ Qué os pasa, señora mía,  
que aquí os entráis asustada,  
como corza acorralada  
por una hambrienta jauría ?

ISABEL

(Con las manos tendidas.)

¡ Si ocultarme no queréis,  
me encontrarán... !

HUMEYA

Mas ¿ qué os pasa ?

ZAHARA

(Reconociéndola.)

Doña Isabel, ¿ qué tenéis ?

ISABEL

(Precipitadamente.)

Han asaltado mi casa...

ZAHARA

¿ Quiénes ?

ISABEL

¡ Mis perseguidores !

HUMEYA

(Contemplando avaramente la belleza de doña Isabel.)

¿ Quiénes fueron tan osados ?

ISABEL

(Temblando.)

¿ Quiénes fueron?... ¡ Los soldados  
de don Alvaro de Flores !

ZAHARA

¿ Don Alvaro ha sido ?

ISABEL

(Temblando.)

¡ Sí !

ZAHARA

(Con firmeza.)

¡ Calmaos, doña Isabel,  
que no hallaréis contra él  
mejor refugio que aquí ;  
pues aquí vuestra hermosura  
estará contra su ley  
más guardada y más segura  
que en el palacio del rey !

HUMEYA

(Tranquillizándola.)

¡ Contad !

ISABEL

Sola en mi morada  
diligente disponía  
la cena que preparada  
para el capitán tenía,  
cuando éste, de repente,

en mi estancia penetró,  
y ayudado por su gente  
arrebatarne intentó...  
La luz luchando apagué,  
y de sus brazos hui...  
Por la ventana salté  
a ese patio... aquí llegué...

(Arrodillándose de nuevo.)

¡ Tened compasión de mí !

ZAHARA

¡ Calmaos, doña Isabel !

¡ Estáis segura !

ISABEL

(A Aben-Humeya.) ¡ Salvadme,  
si sois cristiano, o matadme  
antes de entregarme a él !

¡ Vedme a vuestros pies rendida !...

¡ Mi honor salvadme, señor,  
que entre el honor y la vida  
lo primero es el honor !...

HUMEYA

¡ Segura podéis estar,  
si mi acero os acompaña,  
aunque os vengan a buscar  
todos los tercios de España !...

¡ Y quién, siendo caballero,  
ha de dejar, vive Dios,  
sin que le ampare su acero  
a una dama como vos !

(La alza.)

### ESCENA ÚLTIMA

Dichos y luego DON ÁLVARO, VILCHES y PELÁEZ.

PELÁEZ

(Fuera.)

¡ De la linde por el muro  
al mesón se habrá corrido,  
pues por la puerta yo os juro  
que la dama no ha salido !

(Al oír las voces, Zahara y Aben-Humeya permanecen inmóviles escuchando. Doña Isabel se refugia entre ellos.)

ÁLVARO

(Fuera.)

¡ Pues llamad en el mesón !

(Suenan fuertes aldabonazos.)

PELÁEZ ¡Abrid, abrid, mesonera!...  
(Zahara interroga con la vista a Aben-Humeya. Doña Isabel le coge las manos suplicante.)

ISABEL ¡No abráis, por Dios!...

HUMEYA (A Zahara.) ¡Abre!  
(Zahara se dirige a la puerta. Aben-Humeya la detiene con un gesto. Doña Isabel tiembla de espanto.)

¡Espera!

¡Antes llévate el velón!  
(Zahara se lleva el velón por los arcos de la izquierda y después se encamina a la puerta, en tanto que doña Isabel, con las manos suplicantes, implora a Aben-Humeya.)

ISABEL (Con desesperación.)

HUMEYA ¡Me dejáis abandonada!  
¿Quién, después de contemplaros, es capaz de abandonaros?...  
¡Señora, no temed nada!  
¡Confiad podéis en dos defensores; el primero, en la justicia de Dios, y después en este acero que a desnudar voy por vos!  
(Aben-Humeya la ampara, y permanece con ella en el segundo arco de la izquierda. Los golpes arrecian.)

VILCHES (Fuera.)

ZAHARA ¡Abrenos! ¿No nos conoces?  
(Quitando la tranca.)  
¿Por qué tan fuerte llamáis?  
¡Que yo estoy sorda pensáis para darme tales voces!...

ALVARO (Fuera.)

ZAHARA ¡Abres, o la puerta arranca mi furor!

ZAHARA (Abriendo.) ¡No ejercitéis vuestras fuerzas, pues ya veis que tenéis la puerta franca!  
(Entran violentamente don Alvaro, Vilches y Peláez.)

ALVARO (A Zahara.)  
¿Aquí una dama se entró?

ZAHARA (Soltando una careajada.)  
¡Una dama!

ALVARO (Violentemente.) A bromas tomas lo que te pregunto...

ZAHARA (Con energía.) ¡Yo soy poco amiga de bromas!  
¡No insistid en tal simpleza, que si no voy a creer que ya de tanto beber perdido habéis la cabeza!

ALVARO (Con furor.)  
¿Entró la dama? Responde...  
Si ocultas; voto a Luzbel! el lugar donde se esconde, mis gentes con un cordel de esta viga te ahorcarán...

HUMEYA ¡Enciende luces, Zahara, que quiero verle la cara a tan bravo capitán!...

(Don Alvaro, Vilches y Peláez echan mano a la espada, sorprendidos. Zahara penetra por la alquería en busca del velón.)

ALVARO (Con arrogancia.)  
¿Quién habla?

HUMEYA ¡Quien os oyó!  
(Zahara entra con la luz. Aben-Humeya se adelanta al medio de la escena.)

¿Buscáis a la dama?

ALVARO ¡Si!

HUMEYA (Señalando a doña Isabel, que está arrodillada al pie de un arco, con las manos juntas tendidas al cielo.)  
Pues ya la tenéis aquí...  
(Don Alvaro va a precipitarse sobre ella. Aben-Humeya se interpone.)  
¡Pero la defiendo yo!...

ALVARO ¿Quién sois?

HUMEYA ¡Quien os matará!...

ALVARO ¡Saber vuestro nombre quiero!  
(Desnudando la espada.)

HUMEYA ¡Preguntádselo a mi acero,

que él por mí responderá!

(Don Alvaro tira de la espada.)

¿La dama buscáis, señores?  
Aquí está... ¡Venid por ella!...  
¡Mas la ampara Aben-Humeya  
contra don Alvaro Flores!

(Se desemboza y aparece vestido ricamente a la morisca.)

ALVARO

¡Vive Dios, que esto me agrada!...  
¡Será doble mi partida,  
pues con la dama y tu vida  
terminaré mi jornada!...

(A los soldados.)

¡Guardad los arcos, no huya!

(Avanzando hacia Aben-Humeya.)

Tu cabeza y la doncella...  
¿Mi cabeza?... ¡Ven por ella  
antes que caiga la tuya!

HUMEYA

ALVARO

HUMEYA

ALVARO

HUMEYA

¡Te tengo ya en mi poder!  
¡Tú sí que estás en el mío!...  
¡De tus alardes me río!...  
¡Ahora lo vamos a ver!

(Por la plaza se ven cruzar sigilosamente gentes armadas.)

ALVARO

¡Peláez, a la gente avisa!

(Sale Peláez. Vilches queda vigilando la puerta.)

HUMEYA

¡Será tarde, porque están  
en mi poder, capitán,  
y no volverán de misa!

(Resuena de pronto un redoble de atambores. La plaza se anima. Gentes con antorchas cruzan de acá para allá. Todo rapidísimo.)

¿No escuchas el resonar  
de los roncós atambores,  
los gritos y los clamores  
que levantan a la par  
vencedores y vencidos?...

¡Son mis valientes hermanos  
que vengán en los cristianos  
los ultrajes padecidos!

VOCES

(Fuera.)

¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!

(El vocerío aumenta. La fachada del templo empieza a arder.)

PELÁEZ

(Con la espada desnuda, apareciendo en la puerta y dirigiéndose al capitán.)

¡Huid! ¡Nos pasan a cuchillo!

ISABEL

(Cayendo de rodillas, con las manos tendidas al cielo.)

¡Piedad, Señor!

HUMEYA

(Con supersticiosa ansiedad.)

¡Ya mi estrella

comienza a esparcir su brillo!

ALVARO

¡Puesto que a morir me obliga  
mi destino adverso hoy,  
moriré como quien soy  
teñido en sangre enemiga!

(Se dirige con la espada desnuda a la puerta. Aben-Humeya se le interpone.)

HUMEYA

¡No hay salida!... ¿Dónde va?

ALVARO

Hay una...

HUMEYA

(Presentándole la espada.)

Y está cerrada.

ALVARO

¿Quién me la cierra?

HUMEYA

Mi espada...

ALVARO

¡Pues mi espada la abrirá!

(Al ir a acometerle se interpone Zahara con el arcabuz que habrá tenido preparado durante la anterior relación. Se lo echa a la cara.)

ZAHARA

(A Aben-Humeya, que intenta detenerla.)

¡Aparta! Su vida es mía...

(Dispara el arcabuz.)

ALVARO

¡Traición! (Cayendo.)

HUMEYA

Zahara; ¿qué has hecho?

ZAHARA

La bala le entró en el pecho...

¡Tengo buena puntería!...

(Tendiendo los brazos al cielo.)

¡Padre, con mi propia mano

tu noble sangre vengué

en la sangre del cristiano!...

ALVARO

¡Ay, me muero!

(Agonizante.)

(Zahara se inclina sobre el herido clavando en los ojos, que ya empieza a vidriar la muerte, sus pupilas. El resplandor del incendio del templo ilumina